

DT 13

Traducción

Liberalismo

En La Tradición Clásica

Capítulo 1: LOS FUNDAMENTOS DE LA POLÍTICA LIBERAL

Apartado 10: El Argumento del Fascismo

Ludwig von Mises

Traducción: Joaquín Farina



MARXISMO CUANTITATIVO

CENTRO DE ESTUDIOS

Junio 2020

Liberalism

Ludwig von Mises

En base a la edición en inglés de Mises.org ©2002. Original en alemán ©1927
Esta traducción es no autorizada y para uso exclusivamente académico.

Liberalismo

En La Tradición Clásica

LUDWIG VON MISES

CAPITULO 1: LOS FUNDAMENTOS DE LA POLÍTICA LIBERAL

Apartado 10: EL ARGUMENTO DEL FASCISMO

Si bien el liberalismo no encontró una aceptación completa en ninguna parte, su éxito en el siglo XIX llegó al menos a tal punto que algunos de sus principios más importantes fueron considerados indiscutibles. Antes de 1914, incluso los enemigos más obstinados y acérrimos del liberalismo tuvieron que resignarse a permitir que muchos principios liberales pasaran sin ser cuestionados. Incluso en Rusia, donde sólo habían penetrado unos débiles rayos de liberalismo, los partidarios del despotismo zarista, al perseguir a sus oponentes, todavía debían tener en cuenta las opiniones liberales de Europa; y durante la Guerra Mundial, los partidos de guerra de las naciones beligerantes, con todo su celo, todavía debían practicar cierta moderación en su lucha contra la oposición interna.

Sólo cuando los socialdemócratas marxistas tomaron ventaja y tomaron el poder en la creencia de que la era del liberalismo y el capitalismo habían pasado para siempre, desaparecieron las últimas concesiones que todavía se creía necesario hacer a la ideología liberal. Los partidos de la Tercera Internacional consideran permisible cualquier medio si parece prometer ayudarlos en su lucha por lograr sus fines. Quien no reconozca incondicionalmente todas sus enseñanzas como las únicas correctas y las respalde en las buenas y en las malas, ha incurrido, en su opinión, en la pena de muerte; y no dudan en exterminarlo a él y a toda su familia, incluidos los niños, cuando y donde sea físicamente posible.

La franca adhesión a una política de aniquilación de opositores y los asesinatos cometidos en su consecución han dado lugar a un movimiento de oposición. De repente, la venda cayó de los ojos de los enemigos no comunistas del liberalismo. Hasta entonces habían creído que incluso en una lucha contra un oponente odioso se debían respetar ciertos principios liberales. Habían tenido que excluir, aunque de mala gana, el homicidio y el asesinato de la lista de medidas a las que recurrir en las luchas políticas. Tuvieron que resignarse a muchas limitaciones para perseguir a la prensa de oposición y reprimir la palabra hablada. Ahora, de repente, vieron que se habían levantado oponentes que no prestaban atención a tales consideraciones y para quienes cualquier medio era lo suficientemente bueno para derrotar a un adversario. Los enemigos militaristas y nacionalistas de la Tercera Internacional se sintieron defraudados

por el liberalismo. El liberalismo, pensaban, les detenía cuando deseaba asestar un golpe a los partidos revolucionarios mientras aún era posible hacerlo. Si el liberalismo no los hubiera obstaculizado, ellos creen que habrían cortado con sangre los movimientos revolucionarios de raíz. Las ideas revolucionarias habían podido arraigarse y florecer sólo gracias a la tolerancia que les habían otorgado sus oponentes, cuya fuerza de voluntad se había debilitado por un respeto por los principios liberales que, como los acontecimientos posteriores demostraron, era excesivamente escrupuloso. Si hace años se les hubiera ocurrido la idea de que está permitido aplastar sin piedad a todo movimiento revolucionario, las victorias que la Tercera Internacional ha obtenido desde 1917 nunca hubieran sido posibles. Porque los militaristas y nacionalistas creen que cuando se trata de disparar y luchar, ellos mismos son los tiradores más precisos y los luchadores más hábiles.

La idea fundamental de estos movimientos -que, por el nombre del más grandioso y disciplinado entre ellos, el italiano, puede calificarse en general de fascista- consiste en la propuesta de utilizar los mismos métodos inescrupulosos en la lucha contra la Tercera Internacional que ésta emplea contra sus oponentes. La Tercera Internacional busca exterminar a sus adversarios y sus ideas de la misma manera que el higienista se esfuerza por exterminar un bacilo pestilente; no se considera en modo alguno obligado por los términos de cualquier pacto que celebre con los opositores, y juzga lícitos cualquier crimen, cualquier mentira y cualquier calumnia para llevar a cabo su lucha. Los fascistas, al menos en principio, profesan las mismas intenciones. El hecho de que todavía no hayan tenido tanto éxito como los bolcheviques rusos en liberarse de un cierto respeto por las nociones e ideas liberales y los preceptos éticos tradicionales debe atribuirse únicamente al hecho de que los fascistas llevan a cabo su trabajo entre naciones en las que la intelectualidad y la herencia moral de algunos miles de años de civilización no puede ser destruida de un solo golpe, y no entre los pueblos bárbaros de ambos lados de los Urales, cuya relación con la civilización nunca ha sido otra que la de los habitantes merodeadores de los bosques y el desierto acostumbrados a entablar combate, de vez en cuando, en incursiones depredadoras en tierras civilizadas en busca del botín. Debido a esta diferencia, el fascismo nunca logrará tan completamente como el bolchevismo ruso liberarse del poder de las ideas liberales. Solo bajo la nueva impresión de los asesinatos y atrocidades perpetrados por los partidarios de los soviéticos, los alemanes e italianos pudieron bloquear el recuerdo de las tradicionales restricciones de la justicia y la moral y encontrar el impulso para contraatacar con sangre. Las hazañas de los fascistas y de los demás partidos que les correspondían eran acciones reflejas emocionales provocadas por la indignación ante las hazañas de los bolcheviques y comunistas. Tan pronto como pasó el primer arrebató de ira, su política tomó un curso más moderado y probablemente lo será aún más con el paso del tiempo.

Esta moderación es el resultado del hecho de que las opiniones liberales tradicionales siguen teniendo una influencia inconsciente sobre los fascistas. Pero por muy lejos que esto pueda llegar, no hay que dejar de reconocer que la conversión de los partidos de derecha a la táctica del fascismo demuestra que la batalla contra el liberalismo ha dado lugar a éxitos que, hace poco tiempo, se habrían considerado completamente impensables. Mucha gente aprueba los métodos del fascismo, a pesar de que su programa económico es completamente antiliberal y su política completamente intervencionista, porque está lejos de practicar el destruccinismo sin sentido y desenfrenado que ha marcado a los comunistas como los archienemigos de la civilización. Otros, con pleno conocimiento del mal que trae consigo la política económica fascista, ven al fascismo, en comparación con el bolchevismo y el sovietismo, como el mal menor. Para la mayoría de sus seguidores y admiradores públicos y secretos, sin embargo, su atractivo consiste precisamente en la violencia de sus métodos.

Ahora no se puede negar que la única forma en que uno puede ofrecer una resistencia efectiva a los asaltos violentos es mediante la violencia. Contra las armas de los bolcheviques, las armas deben usarse en represalia, y sería un error mostrar debilidad ante asesinos. Ningún liberal jamás ha cuestionado esto. Lo que distingue las tácticas políticas liberales de las fascistas no es una diferencia de opinión con respecto a la necesidad de usar la fuerza armada para resistir a los atacantes armados, sino una diferencia en la estimación fundamental del papel de la violencia en una lucha por el poder. El gran peligro que amenaza la política interior por parte del fascismo reside en su fe absoluta en el poder decisivo de la violencia. Para asegurar el éxito, uno debe estar imbuido de la voluntad de victoria y proceder siempre con violencia. Este es su principio más elevado. ¿Qué sucede, sin embargo, cuando el oponente, igualmente animado por la voluntad de salir victorioso, actúa con la misma violencia? El resultado debe ser una batalla, una guerra civil. El vencedor final que emerge de tales conflictos será la facción más fuerte en número. A la larga, una minoría, incluso si está compuesta por los más capaces y enérgicos, no puede lograr resistir a la mayoría. La pregunta decisiva, por tanto, permanece siempre: ¿cómo se obtiene la mayoría para el propio partido? Sin embargo, esto es un asunto puramente intelectual. Es una victoria que solo puede lograrse con las armas del intelecto, nunca por la fuerza. La supresión de toda oposición mediante la pura violencia es la forma más inadecuada de ganar adeptos a la propia causa. Recurrir a la fuerza desnuda —es decir, sin justificación en términos de argumentos intelectuales aceptados por la opinión pública— simplemente gana nuevos amigos para aquellos a quienes se intenta combatir. En una batalla entre la fuerza y la idea, esta última siempre prevalece.

El fascismo puede triunfar hoy porque la indignación universal por las infamias cometidas por los socialistas y comunistas le ha ganado la simpatía de amplios círculos. Pero cuando la nueva impresión de los crímenes de los bolcheviques haya palidecido, el programa socialista ejercerá una vez más su

poder de atracción sobre las masas. Porque el fascismo no hace nada para combatirlo, excepto reprimir las ideas socialistas y perseguir a las personas que las difunden. Si realmente quisiera combatir el socialismo, tendría que oponerse a él con ideas. Sin embargo, solo hay una idea que puede oponerse efectivamente al socialismo, a saber, la del liberalismo.

A menudo se ha dicho que nada promueve más una causa que crear, mártires por ella. Esto es solo aproximadamente correcto. Lo que fortalece la causa de la facción perseguida no es el martirio de sus adherentes, sino el hecho de que están siendo atacados por la fuerza y no por armas intelectuales. La represión por la fuerza bruta es siempre una confesión de la incapacidad de hacer uso de las mejores armas del intelecto, mejores porque son las únicas que prometen el éxito final. Este es el error fundamental que sufre el fascismo y que finalmente provocará su caída. La victoria del fascismo en varios países es solo un episodio de la larga serie de luchas por el problema de la propiedad. El próximo episodio será la victoria del comunismo. El resultado final de la lucha, sin embargo, no lo decidirán las armas, sino las ideas. Son las ideas las que agrupan a los hombres en facciones combatientes, las que ponen las armas en sus manos y las que determinan contra quién y para quién se utilizarán las armas. Son ellos solos, y no los brazos, los que, en última instancia, giran la balanza.

Hasta aquí la política interna del fascismo. Que su política exterior, basada como está en el principio declarado de la fuerza en las relaciones internacionales, no puede dejar de dar lugar a una serie interminable de guerras que deben destruir toda la civilización moderna, no requiere más discusión. Para mantener y elevar aún más nuestro nivel actual de desarrollo económico, debe asegurarse la paz entre las naciones. Pero no pueden vivir juntos en paz si el principio básico de la ideología por la que se rigen es la creencia de que la propia nación puede asegurarse su lugar en la comunidad de naciones solo por la fuerza.

No se puede negar que el fascismo y movimientos similares que apuntan al establecimiento de dictaduras están llenos de las mejores intenciones y que su intervención, por el momento, ha salvado la civilización europea. El mérito que el fascismo se ha ganado así vivirá eternamente en la historia. Pero, aunque su política ha traído la salvación por el momento, no es del tipo que podría prometer un éxito continuo. El fascismo fue una emergencia improvisada. Verlo como algo más sería un error fatal.